

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 283.

Alicante 6 de Mayo de 1876.

Año VII.

SAN JOSÉ DE ARIMATEA

y Poncio Pilatos.

*Discurso de nuestro Santísimo Padre
Pto IX á los patricios romanos.*

(19 de Abril de 1876.)

«Pasan los años, y con los años pasan y se suceden tristes acontecimientos, cada vez más tristes, más preñados cada vez de maldicia y perversa voluntad contra la Iglesia de Jesucristo. Pero si los años pasan, si los sucesos son más tristes cada vez, en vosotros no se acaba la buena voluntad de persistir en los sanos principios que heredásteis de vuestros mayores; y esos principios son precisamente los que os conservan tan llenos de afecto y devoción hácia esta Santa Sede; los cuales son en vosotros ornamento y decoro, y para mí motivo de consuelo y confortación.

«Motivo también de confortación y consuelo fueron los días que acaban de pasar de la Semana Santa, en los cuales todos hemos meditado con mayor recogimiento la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor Jesucristo. Entre los hechos que se han presentado á mi en-

tendimiento en esta meditación, he escogido aquel que me parece más adecuado para vosotros. Hablo de un hombre que, noble de origen, *nobilis decurio*, rico de bienes, *homo dives*, fué discípulo de Jesucristo; y aunque en los primeros días discípulo oculto y secreto, porque temía aún el juicio del mundo, la iras de los fariseos, de los sacerdotes, de los escribas y de todos los jueces enemigos de Jesucristo, *Ocultus tamen propter metum judaeorum*; no por eso dejaba de confesar la divinidad de su Maestro, y de escuchar las lecciones de la humildad para practicarla y de la caridad para hacer buen uso de sus riquezas.

«Pero José de Arimatea, aquel hombre rico y noble, tímido al principio en seguir á Jesucristo, que no quiso hacer pública su profesión de fé, apenas Jesucristo hubo espirado en la Cruz, recogió los primeros frutos de la gracia de Dios por la redención, y echando á un lado todo humano temor, manifestóse valeroso discípulo del Redentor á la luz del día, y hasta deseó poseer su sagrado cuerpo. Tímido hasta entónces, de improviso se sintió vigorizado, y pensó en presentarse abiertamente al gobernador de Judea, Poncio Pilato, para pedirle el cuerpo santísimo del Nazareno; se presentó, lo pidió, y con facilidad lo obtuvo. *Audac-*

ter introivit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. Entonces si que José de Arimatea se estimó verdaderamente rico, porque poseía el más precioso de todos los tesoros. Envolviéndolo despues en un lienzo blanco, y añadiendo los otros paños que entonces era uso poner, lo colocó en un sepulcro nuevo, situado en la vecindad del Gólgota.

«A este noble decurion, á este santo discípulo de Jesucristo, me parece que procurais imitar vosotros ahora con tantas obras buenas como haceis tambien, y con vosotros muchos y muchos católicos aquí en Roma, los cuales han dado el ejemplo de pedir con valor diversas cosas que pertenecen de derecho á la Iglesia de Jesucristo.

«Y, en efecto, unos se han presentado no á un Poncio Pilatos, sino á uno de los actuales gobernadores que rigen la cosa pública, y han dicho: — Señor, nosotros deseamos que aquí en Roma sean santificadas las fiestas. Nosotros vemos á la cabeza de un Estatuto que habeis dado á luz, que la Religion católica, apostólica, romana es la Religion del Estado. Pero nosotros no os pedimos ya que hagais homilias para conducir el pueblo á la santificacion de las fiestas, sino sólo os pedimos una cosa: que hagais respetar los dias de fiesta, ordenando que cesen los trabajos, especialmente aquellos que se hacen por orden del Gobierno.

«Otros se han presentado y han dicho: — Señor, aquí en Roma hay maestros y maestras incrédulos que enseñan gravísimos errores; maestros y maestras de iniquidad y de ignorancia. Nosotros os pedimos que cesen estas enseñanzas

en un lugar donde, segun el mismo Estatuto, la Religion católica y su moral debe ser la única protegida y sostenida.

«Otros se han presentado y han dicho: — Señor, mil dificultades se oponen á los maestros y maestras católicas para enseñar la verdad. Pues bien; hacéd que estas enseñanzas tengan campo libre para poder educar santamente á la juventud que crece y ha de formar un dia la sociedad. Y así, del propio modo, se hicieron otras diversas peticiones al mismo tenor.

«Mas cuantas instancias se han hecho han sido rechazadas con negativa absoluta; de suerte que la respuesta de los gobernantes contemporáneos ha sido por completo diferente de la que dió el gobernador de Judea. Aquel condescendió con el ruego y cumplió el deseo de José de Arimatea; estos se niegan á las justas peticiones de los buenos católicos. Y sin embargo, aquel, era un pagano, y estos recibieron con el bautismo el sello de cristianos. Aquel, en el injusto juicio del deicidio tuvo la culpa menor; estos, como autores del mal presente, tienen la mayor culpa; tal que de ellos puede decirse, *Majus peccatum habent*, como declaró á Pilatos el mismo Salvador divino. Preguntaba el gobernador de Judea al Divino Maestro qué cosa era la verdad, y los gobernantes de ahora quisieran reducir á silencio al Vicario de Jesucristo, á fin de que dejase de proclamar la verdad, y emplear todos los medios que conducen á ese fin, aquel especialmente de impedir la buena educacion de la juventud con cien obstáculos que oponen con violencias é injustas usurpaciones. Y así,

mientras dejan al descubierto aguas estancadas en diversos puntos de Roma, que infestan la atmósfera y hacen morbosa la respiración con daño de los cuerpos, gustan también de dejar abiertas las fuentes de la inmoralidad, del error y aún de la herejía para que enfermen las almas. Aquellos, sin embargo, que han pedido, no han perdido el mérito de su petición; y aquellos que han negado, se han colocado por debajo de un infiel, y provocado la divinas venganzas.

«Pero José de Arimatea es también ejemplo de caridad. Él cubrió, como ya he dicho, el cuerpo santísimo de Jesucristo, y vosotros cubristis el cuerpo del pobrecillo, de quien dijo el mismo Señor que era viva imagen suya, cuando declaró que se hacía con Él lo que se hiciera con el más pequeñuelo de los pobres.

«Finalmente, imitais á José de Arimatea en la franqueza y el valor de vencer todo respeto humano, viniendo públicamente al Vaticano ante el Vicario de Jesucristo para honrar la santidad de su investidura, y para confortar su corazón con expresiones del más devoto afecto, sin temer por eso á los que ahora gobiernan, que acaso querrian impedir, ó de mala gana sufren, que el Papa esté rodeado de sus hijos devotísimos.

¡Oh queridos míos, demos gracias á Dios que nos da el consuelo no pequeño de poder encontrarnos juntos, y deplorar los males que nos afligen! El os bendiga por esto y os dé fuerza y constancia en estas santas demostraciones. El os libre á vosotros y á vuestras familias de las consecuencias funestas de una revolución

que, ora hipócrita, ora cruel, pero siempre enemiga de la Religión católica, que es la verdadera Religión de Jesucristo, querria convertirla en simple instrumento de comodidad para ellos, haciéndola servir á los caprichos de las diversas políticas que se manifiestan en el orbe terráqueo. *¡O stulti, aliquando sapite!* ¡Ah! Vendrá tiempo en que estos vuestros impíos deseos serán malditos de Dios, y perecerán entonces: *Desiderium peccatorum peribit.*

Apresuremos el dichoso momento con la oración, con la paciencia, con la perseverancia. Y entre tanto, recibid la bendición, y lleve á vuestras familias concordia, unión y paz, para que más fácilmente podais triunfar de los enemigos de Dios, y vivir en su gracia, y, en fin, alabarle y bendecirle por todos los siglos eternos.

Benedictio Dei, etc.

LA UNIDAD RELIGIOSA.

ARTICULO XI.

Dos verdades capitales creemos haber evidenciado hasta aquí: la primera, que quitada la justicia no puede ser regida la república; y la segunda, que la justicia vive en los pueblos, así como en los individuos, de la fé religiosa: *justus ex fide vivit.* Ahora bien; proclamado el derecho de seguir cada cual las opiniones religiosas que le sugiera su propia razón, emancipada de la autoridad divina de la Iglesia, y de ofrecer á Dios los homenajes del culto que de tales opinio-

nes procedan, la sociedad se ve asaltada de un diluvio de errores perniciosísimos contra el orden de las verdades especulativas y prácticas de la Religión y la moral, y por consiguiente contra el orden social político fundado en tales verdades. La impiedad bajo todas sus formas, el egoísmo elevado hasta la egolatría, el libertinaje del corazón y de las costumbres justificado científicamente, la constitución, ó digamos, la disolución de la familia por las teorías del matrimonio civil y del amor libre, y todos los horrores del socialismo, del radicalismo y del comunismo; hé aquí las consecuencias de aquel supuesto derecho individual, cuya aplicación á la vida humana es la violación universal y sistemática de la justicia, y por consiguiente, la disolución de la sociedad y el estado salvaje. Esto asentado, nosotros preguntamos: ¿de qué medios puede echar mano la autoridad pública, después de haber proclamado semejante derecho, para contener la corriente de los errores religiosos, morales y políticos engendrados del espíritu privado? Para responder á esta pregunta, veamos ántes los varios casos que pueden darse sobre el modo de haberse el Estado con la Religión.

En primer lugar, ó el Estado es católico, ó no. Si es verdaderamente católico, la cuestión no existe: nadie tiene á sus ojos sino obligación de creer en Dios y someterse á su Iglesia: la Religión de Jesucristo, enseñada por la Iglesia, la fé, la moral, el culto católicos, son ley del Estado, ley que regula los actos externos del orden social, la cual no es lícito á nadie violar sin hacerse reo del mayor delito. Aquí nos parece bien advertir

que quien dice *religion de Estado*, dice religion profesada de los gobernantes y de los miembros de la ciudad, como tales, religion que unos y otros tienen por única verdadera, cuyo credo, cuya moral y cuyo culto son á sus ojos la única regla obligatoria que debe seguirse fuera de la cual no hay salud eterna, ni temporal, y contra la cual ninguno puede ir sin merecer y sufrir las penas que la sociedad decreta contra sus mayores enemigos. Pues bien, en profesando sinceramente el Estado la Religión católica, todo se hace fácil y llano para él; no hay cuestión, ni conflicto, ni dificultad de ninguna especie que no se resuelva y desaparezca ante la columna de luz que le guía á su glorioso destino. ¿Por ventura será lícito á los ojos del gobernante católico profesar públicamente estas ó aquellas opiniones religiosas, sin ser molestado el que las profese por las leyes civiles? ¿Cómo ha de ser lícito, si á los ojos del Estado católico las opiniones religiosas son errores contra la fé, es decir, contra el fundamento del orden social? El águila de Hipona nos ha enseñado á discernir en las regiones del pensamiento lo que pertenece á la razón y á la autoridad de una parte, y lo que forma de otra el dominio del error, debajo del cual están las opiniones religiosas de que nos habla el liberalismo moderno: «Lo que entendemos, decía San Agustín, eso pertenece á la razón; lo que creemos, á la autoridad; mas al error debe adjudicarse lo que simplemente opinamos: *quod intelligimus debemus rationi; quod credimus auctoritati; quod opinamur errori* (*De utilit. cred.*, c. IX).» ¿Será lícito á los ojos del Estado católico hacer

uso de la palabra ó de la pluma para enseñar y propagar el error? ¿Cómo ha de ser lícito, si á los ojos de la fé, que es la luz que ilumina á la autoridad social en la ciudad cristiana, el error es la muerte del alma, de la cual se originan la corrupcion del cuerpo social y su entera disolucion y ruina! ¿Será, por último, lícito en los Estados católicos adorar á Dios de una manera reprobada por la Iglesia? ¿Cómo ha de ser lícito, si semejante adoracion implica rebelion, además de suponer errores más ó ménos graves sobre la fé, de los cuales parten siempre los falsos cultos!

Lo repetimos; en profesando el Estado sinceramente la fé católica, el problema desaparece: la sociedad civil, intimamente penetrada de la verdad religiosa, la guarda religiosamente, defendiéndola contra los embates del espíritu privado, como se guarda el más precioso tesoro contra la codicia de los salteadores; y en premio de esta fidelidad, recibe de la Religion bienes incalculables. De la sociedad puede decirse lo mismo que de los individuos: *Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus, et omnia adjicientur vobis*. Los hombres se juntan en sociedad civil para vivir vida virtuosa, dice Santo Tomás de Aquino; para ayudarse unos á otros, segun la doble ley de justicia y amor, para acrecentar los talentos recibidos del cielo y elevar la dignidad de su ser, dirigiendo todos los actos de la vida al fin último para que fué criado.

¿Pues qué cosa hay ni puede haber tan eficaz como la Religion para alcanzar el hombre esos bienes, únicos verdaderos? La ley de Cristo es ley de obediencia y de paz, de equidad y sacrificio; en

si misma justificada y santa, sugiere á todos luz para conocer toda bondad y justicia, y motivos sobrenaturales para practicarlas. Si ella reinase plenamente, el mundo sería un paraiso, y la vida presente un preludio de la vida eterna. Pues bien; para que reine y florezca, la Providencia de Dios ha instituido un magisterio espiritual, que infaliblemente la enseñe y la inculque y mantenga, y un ministerio temporal que la defienda y proteja contra los sofismas de la incredulidad, contra los escándalos de los falsos cultos, contra todo linaje de seducciones y tramas. Esta es la autoridad del Estado, el poder de los príncipes, que no en vano llevan la espada. ¡Ay de ellos si por ventura no la sacan en defensa de la unidad de la fe! Porque además del juicio durísimo con que les conminan las sagradas letras, aún aqui bajo suelen ser víctimas de su infidelidad; y lo peor es, que cuando por efecto de ella se introducen las *opiniones religiosas*, la fe de los pueblos se corrompe, el derecho se muda, los vínculos morales todos se relajan, y conmovido el orden moral hasta en sus fundamentos, la sociedad entra de lleno en las vias de su completa disolucion y ruina.

¡Oh! si estos principios hubiesen regido en Europa ántes de estallar la insurreccion de Lutero contra la autoridad de la Iglesia; si allá en Alemania se hubiera imitado la alta política de nuestros reyes católicos; ó para hablar todavía con mayor claridad, si la Inquisicion contra la pravedad herética le hubiera echado mano al fraile apóstata antes que este hubiera consumado su obra funesta, ¡cuántos males se hubieran prevenido!

Guerras, asolamientos, persecuciones sangrientas, revoluciones, cismas, sectas innumerables, escuelas disolventes, la incredulidad francesa del pasado siglo, el panteísmo germánico de principios del presente, el materialismo actual, el liberalismo con todas sus insidias, el cesarismo pagano resucitado, la disolución de las costumbres, todo esto se hallaba virtualmente en la malhadada reforma; todo y mucho más que ni siquiera puede calcularse, porque, ¿quién es capaz de concebir siquiera la amplitud, intensidad y perfección que habría alcanzado la civilización europea, á no haber sido paralizada y en mucha parte pervertida por el espíritu privado del protestantismo? ¿Quién puede abarcar con el entendimiento la muchedumbre de bienes que el mundo habría recibido y recibiría de manos de la Iglesia, si libre esta piadosa madre de las cadenas en que la pusieron hasta muchos que se llamaban sus hijos, y de la necesidad de atender á su propia defensa, hubiera podido dedicar su actividad toda á la dilatación del reino de Dios por toda la faz de la tierra? Desgraciadamente, entonces como ahora, muchos Estados católicos fueron infieles á su gloriosa misión: el protestantismo penetró en casi toda Europa, gracias á la liviandad en unas partes y á la codicia en otras (1); y el resultado fué romperse la

(1) «Si queremos reducir,» decía Federico de Prusia en las *Memorias de Brandeburgo*, «las causas del progreso de las reformas á sus principios elementales, echaremos de ver, que en Alemania fué efecto del interés, en Inglaterra del amor, y en Francia de la novelería.»

admirable unidad de la civilización cristiana, única civilización verdadera; inculcarse en Europa toda en el virus herético que no tardó en alterar todos los principios de la vida religiosa, moral y política de las naciones; cundir por todas partes la cizana de errores perversos y el espíritu de rebelión contra toda autoridad divina y humana; y por último, ser consagradas como *derechos* las odiosas servidumbres á que la sofistería moderna da el nombre de *libertades*.

Á LA VÍRGEN MARIA,

Reina de las flores.

DEDICADA

A LA SRA, DOÑA CLOTILDE GARCIA DE HARMSSEN,

Auras fragantes, júbilo, armonía,
Serena luz y brillos de colores;
Lujo competidor como á porfía
De astros, aves, céfiros y flores...

Justas de Mayo son encantadoras:
Tú, la Reina de Mayo Soberana,
Haz que giren pacíficas las horas
De la tarde, la noche y la mañana.

Para otra lid artística (1) mi acento
Implora humilde plácida influencia:
Tú, Señora de todo pensamiento,
Has de ver encumbrada tu excelencia.

Himnos hay para tí. Siempre homenajes
De honor te rinde la española Musa;

(1) Se alude al Certámen literario que ha de celebrarse en esta capital en el próximo lunes.

Sus trovas son de amor siempre mensajes;
Ni olvida el ruego, ni el tributo excusa.

Conquistará tu victorioso bando
Rosa gentil de diestra orfebrería;
Dádiva digna á fé de otro gallardo
Noble cantor (1) que festejarte ansía.

No pulso el arpa ambicionando premio,
Pues mal hiciera en codiciar laureles
Rudo, inhábil cantor, extraño al gremio
De ilustres vates á las Musas fieles.

Hoy á tus glorias cantarán loores,
Con dulce voz como del aura arrullo,
Cien y cien inspirados trovadores,
De mi mar al armónico murmullo.

Todo en tu honor se adunará, Señora:
La vega flores—y su olor el aire,—
Tiernos himnos la pléyade cantora,
Notas bellas en ritmos y donaire;

La mar su espuma y odorante brisa,
Claros lucos mi cielo, que fulgura,
Te darán, flor de amor, y su sonrisa
Lábios que siempre te proclaman pura.

Lábios de rosa que tu angusto nombre
Repiten sin cesar... de ellos lo aprende,
Lo aprende y ama desde niño el hombre,
Y así tu gloria y la de Dios se extiende.

Yo nada puedo á la solemne fiesta,
Santa Madre, llevar: mis armonías
Tal vez el docto lírico detesta
Por triviales, ó lánguidas, ó frías.

No me calumnia: para mi no hay nú-
men,
No hay en mi corazón fuego sagrado,
Ni de virtud olores que perfumen
Mi aliento sin calor, tibio, cansado.

Mas no adivino, joya de los cielos,
Por qué, si es tanta la tibieza mía,
Te invoco y eres en mi afán y duelos
Mi estrella, y luna, y sol en noche y día.

Te llamo, Virgen, y llorar quisiera;
Surjen á un tiempo llanto y alborozo:

Toda mi sangre en lágrimas te diera,
Todo mi aliento y ser en un sollozo.

Es ¡ay! que, triste, á mis tristezas nadie
Dar puede como tú sosiego y calma;
Su bálsamo ha de ser la luz que irradie
De tus pupilas y me alegre el alma.

Y he de llorar, porque en mi pecho sobra
Tanto caudal de lágrimas guardado,
Y el corazón á su vaiven zozobra
Como en la mar esquife abandonado.

Ménos astros la bóveda celeste
Nos deja ver en su región serena,
Y ménos flores el pensil agreste,
Y en sus playas la mar granos de arena,
Que puedo yo verter, si tú me asistes,
Gotas amargas ¡ay! de acibar jugo,
Tesoro que al dolor en horas tristes,
Y en breves al placer darme les plugo.

¡Oh si pudiese convertir en perlas
Las lágrimas que guardo, Madre mía,
Y en sartas á tu cuello suspenderlas!
¿Qué otra reina más lujo ostentaría?

Mas ¡oh dolor! mis lágrimas impuras
Ni en perlas convertidas te agradáran,
Y en tu cuello sin mancha, ellas oscuras,
Sombras debieran ser que lo ultrajáran.

Santificalas tú; pídele al Hijo,
Que protectora te dejó del mundo
Cuando con hierros á la Cruz Él fijo
Nos miró y te miró ya moribundo;

Pídele, oh Virgen, que mi llanto sea
Cual onda de Hessebon purificante,
Y con las brisas del Eden orea
Tú la flor mustia y tórnala brillante.

En la estación de las campestres galas
El monte es ramo en flor del pie á la ci-
Y allí perfuma el águila sus alas, (ma,
Y entre aromas al Éter se sublima.

Es la pradera canastillo ameno,
Y el valle alfombra de colores y oro,
Y da de toda flor al casto seno
Perlas el alba en virginal decoro.

En el abismo, el antro y la caverna
Flores hay que el ambiente aromatizan;

(1) D. Alejandro Harmsen y García, Ba-
ron de Mayals.

Pero las sombras de mi noche eterna
Solo en mi pecho angustias fecundizan.

Todo en el mundo vida y esplendores;
Pero yo, como en páramo sombrío,
Tronco estéril sin hojas y sin flores,
Al riego pertinaz del llanto mio!...

Si de mi tosca cítara un lamento
Llegare al escabel de tu alto trono,
Virgen toda piedad, calma el tormento
De que víctima soy en mi abandono.

A ti, lirio inmortal, consagra el orbe
La inmensa pompa del risueño Mayo,
Y el alma pia en admirar se absorbe
En cada flor de tu diadema un rayo.

¿Qué son las flores? La piedad entraña
De tus virtudes símbolos en ellas.

¿Y por ventura la piedad se engaña?
Pregonan, Madre, tu virtud las bellas.

Elocuentes sin voz las muy felices,
Páginas son de idilios y cantares:
Lleven con ellos su ámbar y matices,
Lujo, gloria y placer á tus altares.

¡Cómo admirarlas yo! ¿qué vivo lampo
De fugitiva luz me concediera
Ver la ovacion magnífica del campo,
Bañada en brillos de la azul esfera?

Tú, flor de Nazareth, mágica rosa,
Que en Bestho y Jericó y Alejandria
No tuviste rival ni como hermosa,
Ni en tus fragancias,—nectar y ambro-
(sia,—

El santo aroma que de tí se exhala
Llegue y perfume el aire que respiro;
Aliento tuyo al corazon regala
Que te envia por cántico un suspiro.

Juan Vila y Blanco.

Alicante Mayo de 1876.

El dia 18 del pasado mes inauguró en Paris sus sesiones, bajo la presidencia del Cardenal Guibert, la asamblea general de las sociedades católicas de Francia.

Dicha Asamblea, á la cual han enviado representantes los católicos de toda Francia, y que cuenta en su seno ilustres Prelados y todas las eminencias católicas de la nacion vecina, se propone examinar los trabajos de organizacion, trabajos que pudieran llamarse defensivos y ofensivos contra la revolucion, que vayan presentándole nueve comisiones encargadas de su estudio.

Nuestro corresponsal de Paris nos anuncia su propósito de tenernos al corriente de los acuerdos mas importantes que alli se tomen y de los incidentes mas notables que ocurran.

Tanto en la sesion inaugural como en la siguiente, celebrada el dia 19, pronunciaron enérgicos discursos y dieron cuenta de trabajos muy interesantes los Padres Rey y Delaporte, y algunos seculares ilustres, como los Sres. Bailloud, presidente de la sociedad católica de Paris, Keller, Leon Gautier, Belcastel, Lallemand, Milcent, Ciskey, el marques de Bihencourt, etc.

Tambien usaron elocuentemente de la palabra dos Prelados, monseñor Ravinet y el Arzobispo de Paris.

El lazo de union de todos los discursos pronunciados, además de la identidad de creencias y aspiraciones, fue la energia.

Desde el Cardenal Guibert hasta el

mas humilde de los oradores, todos arrancaron aplausos del numeroso público por sus valerosas declaraciones. Allí se manifestó una vez mas, bien á las claras, el firme propósito que abrigan los católicos franceses de no caer en la tentacion de transigir jamás con nadie, ofrezcales lo que les ofrezca. Quieren la verdad entera y no á medias, y no se resignan á ser tolerados nada mas, cuando el derecho y la justicia están de su parte.

Como autorizadísima confirmacion de este aserto, merecen leerse los enérgicos párrafos con que el Arzobispo de Paris terminó su discurso.

Recomendaba á los católicos, además de la caridad, las virtudes de la prudencia, la firmeza y la perseverancia, y les decia:

«Tenemos que dejar á nuestros enemigos que se deshonren, y yo os aseguro que no dejarán de hacerlo. Deshonra es ya, para ellos, negarnos justicia y colocarnos fuera del derecho comun, pero no se detendrán aqui, porque la lógica del mal los arrastra. Probablemente llegarán hasta la violencia, y entonces habrá sonado para ellos la hora del colmo del deshonor, para nosotros la hora de la victoria.»

Explicando despues el sentido de las palabras vencedores y vencidos, y la deleznable vanidad de las victorias de la violencia, traia á la memoria los sucesos de Paris en 1871, y añadia:

«¿Quiénes fueron entonces los vencedores y quiénes los vencidos? ¿Merecen el segundo nombre los que sucumbieron? ¿Pueden llamarse vencidos el Arzobispo de Paris, asesinado; los generales Le-

compte y Thomas; los rehenes? Esas son verdaderas victorias, y nosotros estamos tambien seguros de alcanzarla, porque nos basta para ello morir. Nuestros enemigos necesitan para vencer, vivir; necesitan triunfos ruidosos, necesitan hombres, mientras que á nosotros, hoy como siempre, nos basta, para vencer, morir. Y á morir estamos dispuestos, si es preciso, porque abrigamos la confianza de que Dios nos concederá la gracia suficiente.»

Al constituirse la Asamblea, dirigió un telégrama á Su Santidad impetrando su bendicion. Tanto dicho telégrama, como la respuesta del Soberano Pontifice, leida en la sesion del 19, y radactada en términos muy afectuosos para el Congreso, fueron acogidos por los concurrentes con entusiastas vivas á Pio IX.

VARIETADES.

SERAPHIA.

Leyenda religiosa escrita sobre un episodio de la vida de la Verónica.

(Continuacion.)

Me acuerdo de que al oír esta noticia exclamó César Augusto: «Más vale ser el perro de Herodes que su hijo,» dijo el emperador con amarga sonrisa:

—Y es verdad, porque él, el verdugo de todas las madres, tampoco tuvo conmiseracion de su propia sangre; sus hijos fueron tambien inhumanamente degollados. El envió al cielo las primicias de los mártires: ¡dichosos ellos que re-

cibieron desde la cuna una palma inmortal y tocaron con sus inocentes manos las coronas de los escogidos! Sólo sus madres eran dignas de compasión. Por lo que á mí toca, viví desde aquel día sin querer recibir consuelo alguno. Mi esposo y yo nos condenamos voluntariamente á vivir en un retiro, donde se alimentaba más y más la pena que destrozaba nuestros corazones. Largos y angustiosos días pasaron de esta suerte, y nuestra edad caduca no pudo contar con el apoyo de unos hijos respetuosos, que son la más bella corona de los ancianos. Mi marido, acobardado más bien por los disgustos que por los años, murió con el corazón lleno de alegría; como un viajero cansado que llega al término de su viaje. Yo me quedé entonces sola en la mansión que había abandonado para siempre el compañero de mi vida, y viví constantemente entregada á la oración y al llanto. Hacia este tiempo, una de mis parientas que habitaba el país de Sidon, situado á las orillas del mar, vino á visitarme; y en verdad que me sorprendió su visita, porque hacia largo tiempo que una grave enfermedad la tenia constantemente obligada á guardar cama. Parecía entonces fuerte y robusta, como si la sávia de la vida corriese por sus venas más abundante que nunca.

—Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, me dijo, contestando á mis reiteradas preguntas: escucha bien lo que me ha sucedido. Yo estaba enferma doce años há, sin esperar mi curación, cuando oí decir á todas las personas que me rodeaban que Jesús de Nazareth practicaba las obras de Dios y curaba por su palabra, por su tacto ó por su simple voluntad, á todos los enfermos que llevaban á su presencia. Regocijose mi alma con tan satisfactorias nuevas;

y sabiendo que Jesús no estaba lejos de mi casa, intenté salir. Sin duda, alguno de esos espíritus que están delante de la faz de Dios hubo de prestarme en aquel instante su poderoso auxilio. Atravesé, pues, por entre la multitud, y ví de lejos á Jesús, con su semblante majestuoso y su mano que levantaba para bendecir. Me acerqué, me arrodillé detrás de él, y poseída del deseo de verme sana, toqué la franja de su manto. En el momento mismo me sentí curada; recobré mi primitiva fuerza; y el Maestro, volviéndose hácia el punto donde yo estaba, dijo en alta voz:

—¿Quién ha tocado mis vestidos?

Los discipulos le respondieron: «Maestro, estais viendo la inmensa multitud que nos rodea y nos preguntais: ¿quién os toca?»

Pero Jesús respondió: «Alguno me ha tocado, sin duda, porque conozco que de mí ha salido una virtud.»

Entonces, viéndome descubierta, me acerqué temblando, me eché de nuevo á sus pies, le confesé el deseo y la intención con que lo había tocado, y Jesús me dijo con la mayor dulzura: «Anda en paz, hija mia, que tu fé te ha sanado.»

Desde ese día no he vuelto á tener padecimiento alguno; y para eternizar mi reconocimiento hácia el Divino bienhechor, he hecho construir cerca de mi casa un grupo de bronce que representa á Jesús de pié, lleno de gracia y majestad, y á mí, pobre enferma, arrodillada junto á él, extendiendo mi mano hácia el borde de su vestido. Ya lo ves, Sraphia, el Señor es grande en sus misericordias, y ya ha llegado el tiempo en que la justicia y la paz se den una señal de alianza.

Tal fué, señor, la relacion de mi amiga, cuya verdad confirmaba el vigor sobrenatural que había venido á rean-

mar un cuerpo exánime y acabado por la fuerza del mal. Entonces yo también concebí el deseo de ver y oír á Jesús, á Jesus, el hijo de María, á Jesus por quien mis hijos, tiernas é inocentes víctimas, habían muerto en su misma cuna. Supe que se dirigía á la ciudad santa, á Jerusalén, y confundiéndome con la multitud que le seguía noche y día, y que por recoger el maná de su palabra olvidaba hasta el alimento corporal, mezclada entre los pobres á quienes explicaba el Evangelio, escuché sus instrucciones. Yo no os las repetiré, señor: las obras de Dios hablarán al emperador, yo lo espero; y entonces querrá conocer las leyes de ese Doctor divino, de ese Verbo eterno, de esa sabiduría increada, que ha bajado de los cielos para ilustrar á todas las naciones. Por lo que á mi toca, confieso que de pronto me hallé enteramente cambiada: mi dolor se convirtió en regocijo, mi abatimiento en esperanza, y un himno de alegría resonó en mi corazón para cantar la memoria de mis hijos, inocentes y gloriosos mártires de Cristo, y de mi esposo que había deseado al Santo de Israel. Sólo turbaban mi felicidad legítimos temores por la persona de Jesus, de mi maestro: el infierno entero se armaba contra él, y él mismo había predicho su próximo fin.

Se acercaba entonces la época en que los judíos celebraban la Pascua: era la víspera del sábado. Desde por la mañana, todo Jerusalén no era más que confusión y desorden. Jesús, vendido por uno de los suyos, acababa de ser entregado al príncipe de los sacerdotes. Con el corazón lleno de angustia y poseído de un espantoso temor, escuché entonces la relación de los ultrajes que este rey de los reyes había experimentado en casa de Caifás, durante una noche

terrible, cuyos secretos infernales no serán conocidos hasta el gran día de las justicias del Señor. De hora en hora llegaban á mi oído nuevos rumores. El gobernador de Judea acababa de enviar á Jesus al tetrarca Herodes. Este, rodeado de una corte insolente, había tratado con menosprecio y mofa al Hijo de Dios. Llevado otra vez delante de Pilato, sufrió el castigo de los esclavos, y una soldadesca cruel coronó de espigas al Dios que se había hecho hombre por salvar á los demás hombres. Pilato, después de haber cedido á los cobardes furoros del pueblo, había querido lavar sus manos en la sangre que las manchará siempre, y había enviado á Jesus á la muerte. Y él, siempre paciente, siempre sumiso, parecía sentir hacia sus infames verdugos un amor más poderoso que la muerte misma.

Ya la sentencia estaba pronunciada, ya el cortejo se dirigía hacia el Gólgota. Jesus iba á pasar por delante de mi casa; y yo oía resonar los clarines de la caballería romana. Al instante formé mi resolución, me coloqué á la puerta de mi casa, y allí esperé. Ví á los orgullosos y ricos fariseos, llenos de una sanguinaria alegría, y precediendo en sus soberbios caballos la marcha del Justo, que caminaba agobiado bajo el peso de la cruz. Ví á Poncio Pilato, con el rostro pálido y descajado bajo un brillante casco; le miré bien, para reconocerle delante del Trono del Supremo Juez el día en que todos comparezcamos en él: ví unos hombres de feroz aspecto, que llevaban, riéndose, las escaleras, las cuerdas y los clavos. Un popalacho ansioso de sangre inundaba las calles y me estorbaba ver á Jesus. Por todas partes no oía más que blasfemias y horribles sarcasmos: hasta los niños llevaban cayadas para arrojarlas á los lace-

rados pies del Salvador. Al fin lo llegué á ver, pálido, ensangrentado, conservando aun la existencia por efecto de un esfuerzo supremo y vacilando bajo el enorme peso con que habian cargado sus espaldas.

(Se concluirá.)

FÁBULA.

El milano y las palomas.

A tiernas palomas
Cantar en su encierro
Desde afuera oía
Un milano viejo.

Sagaz acercése
Hasta un agujero;
Por él no era fácil
Que entrase su cuerpo.

Mas todo hecho almíbar,
Su voz caramelo,
Dijo á una paloma
Con mucho secreto:

»Sal á tu ventana,
»Sal á este agujero;
»Te ofrece mi pico
»Dulcísimos besos.»

La jóven paloma
Contestó: »No puedo;
»Voraz te apellidan.»
Y él dijo de nuevo:

»Pues dame la mano.
»¿Qué arriesgas con eso?
»Es solo un instante...
»Y amigos seremos.»

Ella descuidada,
Por el agujero
Se asomó, y la mano
Le entregó sin miedo.

El milano entonces
La agarró conerto,
Y ella grita: »¡Suelta!
»Que me voy adentro.»

¡Suelta? ¡que si quieres!
De su dulce encierro
La robó el milano,
Remontando el vuelo.

*A las palomitas
Que agenas al miedo
No quieren guardarse,
Mi fábula cuento.*

Antonio Campos y Carreras.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, por la mañana, misa y oficios de costumbre á las nueve. Por la tarde, á las cinco, y los dias no festivos á las seis, continuarán los ejercicios del Mes de María, predicando en el mismo dia D. Mariano Fullá, canónigo; lunes, D. Francisco Javier Guimben; martes, D. José Baeza; miércoles, D. Andrés Oliver, canónigo; jueves, D. Mariano Urios; viernes, D. Francisco Penalva, abad; sábado, D. José Carratalá. En el Cármen, á las cinco, continúan los mismos ejercicios.

Mártes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion: por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion: por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las siete y media, misa de renovacion: en Santa María á las ocho y media.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar por medio de libranzas del giro mútuo las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin Diciembre último.